

LA UNIDAD CATHOLICA,

Esta Asociacion no solamente esquiua sino que rechaza todo cuanto pueda dar ni aun sombra de pretesto para que se la confunda con ningun partido político.

ORGANO

DE LAS ASOCIACIONES DE CATOLICOS DE LAS BALEARES,

BAJO LA DIRECCION DE

D. JOSÉ MARIA QUADRADO.

Sabemos desde ahora que se intentará negarlo; conocemos todo el interés que habrá en aparentar desconocerlo; pero ante Dios y ante la patria aseguramos que esta es la verdad.

IDEM.

MANIFIESTO DE LA CENTRAL DE MADRID.

CONTROVERSIAS PREMATURAS.

Que los católicos liberales se agitan por un lado, que los ultramontanos imponen por otro, que la infalibilidad del papa va á ser definida por aclamacion, que nunca se han presentado mas inconvenientes y peligros para erigirla en dogma, que el arzobispo de Malinas añade á su célebre obra una carta demostrando dicha oportunidad, que el episcopado aleman envia á Roma un mensaje reservado en sentido opuesto, que el arzobispo de Westminster se declara por ella, que la impugna monseñor Moret resucitando el viejo galicanismo, que la mayoría de los preladados franceses se inclina en pro, que el insigne Dupanloup escribe en contra, que se adhieren á una ú otra opinion tales y tales; he aquí las noticias, que con preferencia muchas veces á las políticas, llenan las columnas de los periódicos de todo color, prestan asunto á sus sueltos y artículos, se anticipan por telegrama como pábulo de la espectacion general. Y si á esto se añaden las inexactitudes con que involuntariamente ó de propósito se acompañan, los extractos ligeros ó apasionados, la malévola satisfaccion de unos, las crédulas alarmas de otros, las recíprocas y violentas censuras con que en vez de luz se hace humo y so pretesto de arrancar máscaras se desuellan altas reputaciones, forman un conjunto harto desconsolador para el católico que aparte y por cima de cualquier partido no tenga

puesta su fé y su esperanza y su amor supremo, no en los hombres, sino en la Iglesia. Y No hay ceremonia por muy solemne ni asamblea por mas que augusta, á la cual antes de principiar ó en el acto de reunirse no preceda un momento de confusion, que arguya ansioso afan mas que irreverencia en los espectadores, y cuya animacion corresponde á su importancia. Asi no podia menos de suceder con el concilio, hasta que suba al solio el que ha de imponer silencio y abrir el magestuoso curso de las discusiones, tan ruidosas al través de los escollos del siglo antes de entrar en el cauce, como despues apacibles y sosegadas en su unánime corriente. Tampoco estuvieron exentas de obstáculos, de preveniciones, de parcialidades, de divergencias harto mas profundas y poderosas las convocatorias de los anteriores concilios; y á existir entonces los multiplicados medios de publicidad tan difundidos hoy dia, estoy seguro que cualquiera, incluso el de Trento, hubiera sido objeto de mas vivas zozobras y puesto bajo la presion de mas vehementes antagonismos. En gloria de la Iglesia y bien del mundo resultaron los diez y ocho precedentes; en bien del mundo y gloria de la Iglesia resultará tambien el décimo nono. Tentacion seria, y de las mas peligrosas, culpar á los obispos por no haber reservado integras para el concilio las grandes cuestiones que se han visto en la necesidad de agitar ó al menos de apuntar anticipadamente en la

prensa. Por lo mismo que las reglas de la mas trivial prudencia les aconsejaban semejante abstencion, es indudable que no habrán prescindido de ellas sin prepotentes motivos que serian de respetar aun cuando no se trasluciesen á un atento observador. Su palabra no se dirige á producir escitaciones, sino á calmar las que en diverso sentido se han levantado en la opinion pública, ya presentando á los fieles como término de acerbos luchas el reconocimiento de la infalibilidad de la Iglesia en la persona de su gefe supremo, ya señalándolo como ocasion de graves disgustos cuando no de rompimiento con los gobiernos y naciones y como una dificultad mas para la estincion de las disidencias religiosas. Con una ú otra manera de ver deben simpatizar mas ó menos segun su particular criterio los prelados; y menos perjudicial habrán creido el espresar su propio dictámen rectificando las ideas y moderando el ardor de los contendientes, que encerrarse en un silencio absoluto á riesgo de aumentar ansiedades é impaciencias. La señal se habia dado ya; el periodismo con sus acostumbradas intemperancias y temeridades habia tomado la iniciativa en debates muy superiores á su esfera, y llegando tarde para arrebatársela, era indispensable mediara en ellos la intervencion y guia de autoridades competentes. Antes de deliberar de muros adentro, ha sido menester acallar los rumores de fuera para que no turbaran la solemnidad de los acuerdos, recomendando á todos y desde todos lados sosiego y confianza.

Verdaderamente que para penetrarse de esta dura necesidad, que ha obligado á los padres á ventilar en presencia de los hijos sus diferentes apreciaciones y á los pastores á dar tan anticipada cuenta de sus juicios, hay que conocer á fondo y en detallé hasta qué extremo de osadia ha llevado la prensa sus provocaciones, con qué pasion discurre, con qué arrogancia prejuzga, con qué exclusivismo condena cuanto no es de su peculiar agrado. La anticatólica, ó que sin serlo, retiene algo de racionalista, siembra temores, abulta divergencias, explota desconfianzas. La católica, en vez de mantenerse unida en lo esencial, tolerante

en lo opinable, reservada en sus votos, sumisa á las próximas definiciones, segura siempre en las divinas promesas, truena harto amenuado, se irrita, nutre aprensiones, suscita intempestivas disputas, y lo que es peor combate dividida en dos campos que mutuamente se acusan de connivencia imprudente ó pérfida con el enemigo. Doloroso es decirlo, pero en la virulencia del lenguaje y hasta en la índole de los medios obsérvase por lo comun entre esta y aquella prensa mas analogia de la que consiente la diversidad de sus respectivas banderas. Arma suministrada por la revolucion, aunque se destine á santa empresa, difícil es que no se impregne del orin revolucionario. Nieguen ó concedan la infalibilidad al papa, juzguen necesaria ó inoportuna su declaracion, pocos habrá de esos periodistas de oficio que á pesar de sus humildes protestas no se otorguen á sí mismos dicha infalibilidad. Y lo mas sensible es que muchos lectores, no viendo ni pensando sino por el órgano de su partido, implícitamente se la reconocen.

Pongamos mas alto nuestra atencion y nuestras esperanzas. Lo que no convenga á la Iglesia ni á la sociedad, no se hará en el concilio; y lo que se haga, convendrá. Recordemos quince años atrás, en visperas de declararse dogma la Inmaculada Concepcion de María, qué de reparos oponian á la definicion, los unos por aventurada y contraria á la opinion de doctores y escuelas respetables, los otros por escusada y casi mal sonante atendido el arraigo de su creencia general en el ánimo de los fieles; qué de temores en los católicos, qué de cavilidades en los indiferentes, qué de sarcasmos en los impíos! Y el nuevo dogma se declaró, y se declaró por bula pontificia, y no hizo un solo incrédulo mas antes si muchos creyentes, y no trajo perjuicios sino bendiciones visibles á la Iglesia, y los pueblos se conmovieron en sus entrañas, y el universo saltó de júbilo cual por el acontecimiento mas interesante á la humanidad.

Dios conduce y los hombres se agitan; solo él sabe lo que sucederá en la asamblea, que vá á cobijar bajo sus alas; pero los buenos católicos sabemos que lo que suceda será lo

mejor. Si él quiere que su Iglesia continúe como hace diez y nueve siglos segura de su infalibilidad, dejando á las escuelas discutir donde tiene asiento, inútil será todo empeño y todo saber y todo esfuerzo para decidirlo; si por el contrario ha decretado según la necesidad de los tiempos añadir, si cabe, autoridad á la persona de su vicario entregándole mas directamente su divino sello, cabalas, conjuraciones, amenazas se disiparán en el espacio, y barrerá las nubes la palabra que tantas tempestades hace presagiar. En los muros del Vaticano van á estrellarse violencias é intrigas de cualquier género y en cualquier sentido; aun mas, todo sentimiento menos puro, toda idea tenazmente preconcebida que abrigase alguno de los llamados, espiraría en el umbral. Ninguno puede asegurar lo que allí decidirá; en manos del Señor están todos los corazones y las lenguas todas. El obispo de Orleans, en quien si falta es el haber hablado no es el único ni el primero, y que de haber hablado no podia hablar mejor, lo ha dicho en su estensa carta al clero de 11 de noviembre, que siento no transcribir completa, siquiera para librarla de infieles extractos y de citas maliciosamente truncadas tan comunes en los periódicos. He aquí su conclusion:

Si me he decidido á entrar con vosotros y en público en estos detalles, es por un secreto instinto de que mas bien tenia que calmar las emociones en mi patria que prevenir objeciones en Roma.

Porque apenas toque la tierra sagrada, apenas bese el sepulcro de los Apóstoles, estoy seguro que me sentiré en la mansion de la paz fuera de la batalla, en el seno de una asamblea presidida por un padre y compuesta de hermanos. Allí espirarán todos los rumores, allí cesarán todas las ingerencias temerarias, allí desaparecerán todas las imprudencias, allí se calmarán las olas y los vientos, allí pensaremos solo en los santos cuyas sillas ocupamos, en las almas de que somos responsables ante Dios; en Dios que nos ve y ha de juzgarnos, en los apóstoles á quienes crearemos ver aun enfrente del mundo que quieren conquistar y del divino maestro á quien escuchan. Y cuando en el sitio de este maestro soberano de las almas, su vicario en la tierra, vuelva á decir á cada uno de nosotros, «hermano mio, ¿me amas?» ¡ah! estad seguros que no será vuestro anciano obispo el último en responderle: «Padre, bien sabeis si os amo. Como decia el dulcísimo obispo de Ginebra, en la palestra del amor por el Vicario de Jesuérsto, no me he dejado vencer por nadie desde hace veinte años, mis cabellos han emblanquecido, mi mano se ha secado en vuestro servicio ¡Oh, Padre

Santo, Dios sabe que la última palabra de mis labios y el último suspiro de mi corazón serán para la Iglesia y para vos!»

No temamos por el concilio, temamos por nosotros mismos si nos obstinamos en temer. Impelida por el soplo divino marcha la nave con rumbo cierto, que no alcanzará á torcer ninguna maniobra. Si nos abandona la confianza no haremos sino ruido y confusion; si nos arrojamus al agua con la presuncion de salvarla de los escollos ó dándola ya por perdida, nosotros seremos los perdidos irremisiblemente.

J. M. Q.

LA MUJER CATÓLICA.

He. et vos in vineam meam. — Mat. 20.

Patrimonio del hombre es el trabajo. Aun en la época breve de su inocencia al colocarle Dios en el páraiso terrenal, le impone el deber de guardar y cultivar ese ameno jardín, pero cuando privado del dulce fruto del árbol de la vida se ve precisado á trabajar para procurarse el sustento corporal, es despues de su prevaricacion. «Con el sudor de tu rostro comerás al pan» le dijo el Señor al fulminar contra él y su mujer el anatema de muerte en castigo de su pecado. De ahí la necesidad del trabajo tan recomendado por los legisladores de todos los pueblos y edades, de ahí las penas establecidas en los antiguos códigos contra la ociosidad; de ahí las saludables lecciones del divino Salvador al proponer á las turbas que iban en pos de él, ávidas de escuchar su celestial doctrina, la parábola del padre de familia, quien saliendo de su casa muy de mañana y á las horas de tercia, sesta y nona para buscar operarios, dijo á los que estaban en la plaza, «¿Qué haceis aquí todo el dia ociosos? id tambien vosotros á mi viña.»

La mujer, cuyo fin principal es ayudar al hombre, *faciamus ei adiutorium simile sibi*, tiene según los designios de Dios una delegacion, ó mas bien una consagracion religiosa. Por eso la llama el padre de familia para que vaya á cultivar su viña, que está llena de esperanzas para su dueño y para el operario; en ella hay sitio aun para vosotras ¡oh mujeres católicas! y á fin de que no esteis ociosas el mismo propietario se acerca á vosotras y os dice: «id tambien á mi viña.» Una voz terrena, una voz tumultuosa y apasionada que parte de abajo; pronuncia estas mismas palabras: es la voz del hombre carnal que os invita para que le ayudeis en su obra inmunda; él os confiere una mision encaminada á la desmoralizacion del individuo y al retroceso general de la sociedad; es la mision del infierno. Las riquezas y los honores no son suficientes para

el mundo; y como necesita de otro cebo fatal, os llama á todas horas para que con vuestros secretos encantos seais ocasion de ruina para el hombre; por esto os dice: «id también vosotras á mi viña.»

Otra voz que baja de lo alto hace resonar en los oídos de la mujer esa misma palabra; es la voz del cielo. No sin un fin, pero muy elevado; ha sido favorecida por la Providencia con esos secretos encantos que el mundo celebra y de que abusa con frecuencia. Es verdad que desde nuestra caída emplea la mujer con mucha facilidad sus atractivos para seducir al hombre y unirlo al carro de su vanidad y de sus criminales pasiones; mas no por eso ha cambiado su verdadero destino. Si esas favorables dotes de la mujer son cebos, es para que se presente en medio del mundo, para que vaya á la viña del Padre de familia, para que penetre en el seno de la incredulidad, de la indiferencia, del error y del libertinaje á buscar hombres corrompidos y devolverlos á su Dios creyentes, ilustrados, celosos y moralizados. Esta es la misión de la mujer sobre la tierra; ayudar al hombre, cuidar de él no solo en todo aquello que se refiere á sus necesidades materiales, sino también y muy principalmente en todo aquello que tiene relación con las espirituales, edificarle con sus ejemplos, mejorarle con sus inspiraciones y santificarle con sus virtudes; este es su destino en el mundo, su ministerio, su gloria, su grandeza y su dignidad.

La Iglesia y el estado, ahí tenéis ¡oh mujeres del catolicismo! la viña que debéis cultivar, el campo en que habéis de esparcir la semilla de las salvadoras doctrinas del Evangelio, á las cuales debe el hombre la libertad, la salud y la vida, y la sociedad su transformación, sus adelantos y su civilización. Si Dios ha constituido á la mujer como la ayuda del hombre, es para que le auxilie no solo en el estado doméstico, sino también en el estado político y en el estado religioso; ella no solo es la ayuda del hombre esposo, sino también del hombre rey y del hombre sacerdote; en una palabra, al ejercer su misión en la familia, debe ejercerla á la vez en el estado y aun en la Iglesia.

Lo que es la raíz al árbol, la fuente al río y la base al edificio, es la familia á la Iglesia y al estado, porque de manos de la familia recibe la Iglesia sus hijos y el estado sus ciudadanos.

Siendo la familia el primer eslabón de la cadena social, ha de ser precisamente la más importante de las sociedades. Unida en admirable consorcio á la paternidad misma del Criador, ha recibido el poder de engendrar seres á su semejanza, seres capaces de participar un día de la naturaleza divina. ¡Oh familia! ¡oh sociedad misteriosa y sagrada! ¡cuán grande eres á los ojos de la fé! Comprende la sublimidad de tu glorioso destino, la santidad que debe presidir á tus palabras y á tus acciones, los cuidados religiosos que debes consagrar á ese sér débil, á ese sér que te debe la existencia, y á quien Dios llama su hijo y el ángel su hermano!

Esa sociedad origen y principio de toda otra so-

ciudad, la familia cuya misión es formar al hombre, debe velar como el estado sobre la vida temporal del recién nacido, y como la Iglesia sobre su vida espiritual. En el hogar doméstico, sobre las rodillas de su madre, entre los brazos de su padre, es donde el hijo debe recibir en su tierna edad los primeros conocimientos de su doble origen, de sus grandes deberes y de su eterno destino; allí es donde el joven candidato del cielo debe aprender que para ser elegido solo ha de vivir para su Dios y para sus hermanos; allí es en fin donde debe hacer glorioso aprendizaje de las virtudes cristianas, que es el único camino que conduce á la celestial bienaventuranza. Espresan por consiguiente muy bien esa religiosa misión de la familia los santos padres, cuando llaman á la sociedad doméstica una iglesia privada, cuyos sacerdotes son los padres y cuyos fieles son los hijos, misión sublime identificada en todos tiempos con la mujer que Dios destina para ser madre.

En efecto, Sto. Tomas hace notar que el matrimonio se llama en latin *matrimonium*, porque se refiere especialmente á la madre, cuya palabra se deriva de *matris-munium*, que quiere decir, cargo de la madre, esto es, que la mujer es quien hace la ventura ó la desgracia de la familia y que es el grande instrumento, el gran motor de su moralidad ó de su corrupción. Así vemos que la familia entera no es otra cosa que lo que la mujer la hace; no es otra cosa que un espejo fiel de sus buenas cualidades ó de sus defectos, de sus virtudes ó de sus vicios; y de consiguiente la sociedad cristiana y la sociedad civil no serán otra cosa que lo que sea la sociedad doméstica, y esta será siempre lo que las mujeres la hayan hecho; porque la fuerza, la grandeza y la felicidad de los pueblos dependen de una manera especial de la piedad, de la castidad y de la sabiduría de las mujeres. De este modo ejerciendo la mujer su misión en la familia, la ejerce también en la Iglesia y en el estado, que son el campo donde debe trabajar si no quiere ser responsable ante Dios de una criminal ociosidad.

Tanto en lo físico como en lo moral, el hombre ha sido siempre tal como su madre le formó. La misma madre que le ha dado la vida del cuerpo con su propia sangre, le da la vida de la inteligencia con sus palabras. La misma madre que le enseña á conocer á su padre terreno, le enseña también á conocer á su padre celestial que es Dios. La primera revelación de la existencia de Dios y de sus atributos, de Jesucristo y sus misterios, del hombre y de su origen, de su condición y de su destino, de la Iglesia y de sus sacramentos, del culto y de sus prácticas, de la moral y sus obligaciones, esta revelación primera no se hace al hijo sino por su madre. No hay que dudarlo, su madre es el primer misionero que ilumina su razón naciente y desarrolla en él los hábitos de las virtudes teologales que recibió en el santo bautismo; es su primer apóstol que le enseña á creer en Dios, á esperar en su misericordia, á amar su bondad, y á llamarle con el dulce nombre de padre; es su primer evangelista,

de quien aprende á adorar la majestad de todo un Dios, á temer su justicia, á invocarle en la oración, á cumplir su voluntad y á esperar sus recompensas. La mujer piadosa, pura, sabia, prudente y devota en una palabra, la mujer católica, es la que como madre cristianiza al hombre niño, como hija edifica al hombre padre, como hermana corrige al hombre hermano y como esposa moraliza al hombre esposo. Ella es esa antorcha resplandeciente de que habla el evangelio, que colocada sobre el candelero doméstico derrama incesantemente á su alrededor la luz de la fé en toda la casa, é ilumina á cuantos en ella habitan. Ella es esa sal misteriosa que impide se corrompa la familia. Ella es ese vaso de celestiales aromas, segun la expresión de S. Pablo, que esperece en torno suyo el suave olor de las sublimes virtudes de nuestro señor Jesucristo. Es verdad que todo esto se dijo de los apóstoles y de sus legítimos sucesores; pero tambien es cierto que la mujer católica es un apóstol, porque sosteniendo en acción la religion en la familia, la sostiene en la Iglesia y en el estado.

Si profundos trastornos tienen agitados hoy á los pueblos, que anhelan ansiosos la aparición de la feliz aurora presagio de los serenos y tranquilos dias que esperan á la Iglesia y á la sociedad, la mujer católica, que no ha cesado jamás de ayudar al hombre á conseguir su salvacion, contribuirá poderosamente con su celo, con su espíritu de caridad y con una abnegacion heroica á la realizacion de ese gran milagro del siglo XIX, ora dando la idea, ora proporcionando los medios, ora removiendo obstáculos, ora animando con sus exhortaciones, ora encargándose ella misma de la ejecucion; porque al recordar lo que debe al catolicismo, es imposible que en las graves circunstancias en que se halla la Iglesia en algunas naciones, deje de ser lo que ha sido siempre, lo que Dios ha querido que sea, la *compañera*, la *ayuda del hombre*, no solamente en el estado doméstico, sino tambien en el estado político y en el estado religioso. Hoy mas que nunca la sociedad tiene falta de fé; y el principal agente que debe conducir á la fé por el camino del amor es la mujer católica. Esta ha sido su mision en todas las épocas del catolicismo.

Una rápida ojeada sobre la historia de la Iglesia será mas que suficiente para ver lo que ha hecho y lo que puede hacer todavía la mujer formada por el evangelio. Mientras el divino Salvador era el blanco de atroces calumnias por parte de los escribas y fariseos que le acusaban y blasfemaban, y cuando ningun varon se atrevia á declararse en su favor ni á tomar su defensa, ellas le proclamaban el *justo* deteniendo el brazo del inicuo juez, ellas plañian su muerte á vista de los sayones, ellas permanecian al pié de la cruz, ellas iban á unguir de aromas su cuerpo sacrosanto.

Los discípulos del Señor, cuando mas tarde fundaban iglesias en los puntos donde predicaron la fé de Cristo, fueron asistidos por las mujeres del evangelio, como lo demuestra S. Pablo en algunas de

sus cartas. En los tres siglos de persecucion que sufrió la Iglesia, las ilustres vírgenes, siempre grandes, sublimes y heroicas en el martirio, confundieron al paganism con su celestial amor á la pureza y con los prodigios de su valor y constancia en la confesion de la verdadera fé, y alcanzan á la vez en medio de los mayores tormentos y suplicios grandes victorias para la religion que sellaron con su sangre. En la época de los santos padres encontramos á la mujer católica cooperando con ellos y formando las costumbres de los pueblos civilizados. En la edad media, si la miramos colocada sobre el trono, la veremos convirtiendo á los reyes bárbaros y fundando las monarquías y nacionalidades cristianas; y si la buscamos en el retiro del siglo, la hallaremos afirmando la religion, popularizando la santidad en el mundo, y auxiliando á la instalacion de los establecimientos monásticos. En los tiempos modernos es tambien la mujer católica la que ha reparado y contenido los estragos del protestantismo y de la incrédula filosofía, y la que ha multiplicado prodigiosamente las obras de religion y de caridad. Ella es en fin la que un año ha tomó en España la iniciativa á favor de los intereses de la religion, cuando á vista de los desmanes de la tiranía revolucionaria dió el primer grito de alarma y de dolor, grito que saliendo del corazon de las señoras de Sevilla, fué despues secundado por las de Madrid, Toledo, Segovia, Valladolid y otras muchas capitales, pidiendo *libertad* para educar á sus hijos en los colegios suprimidos por la revolucion, y *libertad* para las vírgenes del Señor, cuya pacífica asociacion religiosa era cruelmente atacada mientras se toleraba á la mujer la asociacion para el vicio. Inspiradas por el amor divino y por el amor patrio, usaron en sus elocuentes esposiciones un lenguaje digno de los intereses que representaban, al defender la unidad católica, la conservacion de las conferencias de S. Vicente de Paul, la de los establecimientos de enseñanza dirigidos por los hijos de S. Ignacio, y muy particularmente la de sus virtuosas hijas y hermanas las religiosas, que retiradas en la soledad del claustro, se entregan á la oración y á los santos ejercicios de una vida penitente.

Dichosas las que á ejemplo de tantas ilustres progenitoras, habeis sabido comprender y ejercer con admiracion de todos vuestra sublime mision! Vuestro celo no puede quedar, no quedará sin recompensa. Si sois firmes y constantes como hasta aqui, si continuais siendo como sois, el sacerdote de la familia, si sabeis sostener la religion en la Iglesia y en el estado correspondiendo á los beneficios que del catolicismo habeis recibido, vivid seguras que Dios premiará vuestros cuidados; la sociedad agradecida os retribuirá el bien que le dispensais; y si os cabe la dicha de ser madres, os harán felices vuestros hijos y honrarán y bendecirán vuestra memoria.

Ibiza.—SEBASTIAN VIVES PRO.

CARTA DEL SR. AUDISIO AL P. JACINTO.

De la *Rivista universale* de Génova toma el *Correspondant*, del cual la traducimos, la siguiente carta dirigida al P. Jacinto con motivo de su caída por uno de sus más íntimos amigos, sabio teólogo y jurisconsulto de Roma. Llena de severos avisos y de tiernas exhortaciones, es la expresión más cumplida de los sentimientos de un cristiano.

Querido P. Jacinto:

«Escuchad á quien tiene derecho de hablaros, guardaos de dar un paso en falso, callad siempre que os proyoquen.» Tales fueron las últimas palabras que os dije hace algunos meses, cuando saliais de Roma, rogándoos las consideraseis como fruto de mi experiencia al par que prenda de mi amistad.

¿Pensais que en esta edad de hierro y de plomo podamos solos cambiar el mundo? que hayamos dejado de ser aquellos vasos de barro *facientes invicem angustias*, ó aquellos hombres de quienes habla el Apóstol *invicem provocantes, invicem invidentes*?

Condenados á vivir en este mundo, debemos sin remedio tomarlo tal como está hecho: estudiar nuestros defectos, sufrir la contradicción con ánimo sereno, y redoblar el esfuerzo para alcanzar el fin, tal es el modo más honrado y victorioso de contestar á sus adversarios.

Vos, P. Jacinto, asiduo contemplador é intérprete elocuente de los sublimes designios de la Providencia, sabeis perfectamente que sostener la lucha del bien contra el mal es la condición de nuestra vida aquí en la tierra. Feliz quien la sostiene animosamente hasta el fin! Sabeis también que nuestros estravios, lo mismo que los de los demás, son efecto de nuestra voluntad que conserva su libertad aun bajo la influencia de la gracia; que los errores de los otros nos convidan á la caridad y á la paciencia, y que los nuestros nos obligan á la penitencia. Sabeis por último, y mil veces lo habeis predicado, que toda la moral humana consiste en la obligación de regir nuestras facultades segun los principios de la ley.

Pero ¿cuál es esta ley y cuánta su estension? Padre Jacinto, vos habeis combatido victoriosamente en vuestras conferencias la *moral independiente*. La ley de que depende la moralidad del hombre, del cristiano y del religioso, no puede ser la sola razón humana débil y defectuosa; es preciso que sea la ley completa de Dios definida y proclamada por la Iglesia. Rechazar en todo ó en parte esta ley, es pues declararse independiente de Dios y de la Iglesia.

Oh! cuán bellas, admirables y profundas cosas no habeis dicho vos mismo de la Iglesia en vuestras conferencias! No hace mucho que aun os elogiaba por ello el P. Félix, juez de seguro imparcial y competente. Pero esta Iglesia, querido amigo, tiene un cuerpo visible, una magistratura visible en su jefe y su gerarquía. Tened presente que apelar de ella á Jesucristo prescindiendo de todos los grados intermedios de esta gerarquía es echar por tierra y destruir la Iglesia nuestra madre, la obra admirable de Jesucristo.

A buen seguro que no habeis tenido esta intención al abandonar vuestro convento. Examinad bien sin embargo

lo que habeis hecho. Por vuestros votos solemnes habeis contraído una obligación solemne con la Iglesia; y aun en derecho humano un pacto bilateral no puede romperse sino con el consentimiento de las dos partes contrayentes. ¿Qué juicio pues hemos de formar de vuestra conducta precipitada, ilegal é imprevista? Reflexionadlo, esto es grave: aun después de haber obrado, estais en el deber de volver á reflexionar.

¿Teniais motivos que hacer valer? Existia una autoridad que los habria escuchado. Sometiéndoos á ella, hubierais pasado legitimamente y con honra al orden de los sacerdotes seculares. Lavad esta mancha de insubordinación, confiaos á la autoridad: en nombre de vuestra alma y por respeto á vuestra fama os conjuro á que obtengais esta nueva bendición. Si por el contrario vuestra conducta solo ha sido efecto de un movimiento de vivacidad irreflexiva y de momentánea alucinación, puede aun el Carmelo ser de nuevo vuestro asilo, y al menos hasta que vuestro espíritu haya recobrado la serenidad y una luz más pura le ilumine.

Decis en vuestra carta al superior general de los carmelitas que habeis meditado mucho, orado mucho, y que la firmais á los piés del crucifijo. Os creo, porque demasiado siento en vuestras palabras el acento de un alma convencida: sí, demasiado, porque tiene el alma humana misterios terribles, y amenudo toma en ella la figura del ángel de luz el ángel de las tinieblas. Humillémonos ante la magestad tremenda de Dios, bajemos la cabeza, *castificantes animas nostras in obedientia charitatis*, y entonces oiremos las verdaderas respuestas del crucifijo.

Permitidme, querido amigo, que ofrezca por testó á vuestras meditaciones esta máxima de Leibnitz en su *Sistema teológico*, que es de un católico más que de un protestante: *«Quidvis enim libentius patri debemus, ETIAM CUM MAGNA LACTURA NOSTRA, quam ab Ecclesia divellamur et schismati causam præbeamus.»* Debemos sufrirlo todo sin escepcion antes que separarnos de la Iglesia y dar un solo paso hácia el cisma.

Seguro estoy que os espantaria y se hiciera injusticia á vuestra fé si se os atribuyese la idea de alejaros de la Iglesia; pero hay caminos de los cuales nos dice el Espíritu Santo le es imposible al hombre prever la salida; hay pasos que, aunque de lejos, llevan al cisma, y entre estos debe contarse el quebrantar los votos solemnes y negar la obediencia á las leyes canónicas de la Iglesia. Contra estas leyes levantaiis la razón individual, el exámen y el juicio privado, que son en realidad la fuente de donde han brotado todas las rebeliones y los cismas.

Vuestro corazón dócil y bueno, vuestra fé sinceramente católica os detendrán en este camino y os preservarán del término á donde conduce; pero haber entrado en él es ya un peligro para vos, una espina en el corazón de vuestros amigos y un triunfo para vuestros enemigos.

Venga pronto, querido P. Jacinto, vuestro arrepentimiento á consolarnos y desvanecer la alegría de vuestros enemigos. Sabed que ninguno de los que os aman ha aprobado vuestra carta y vuestro último paso, porque todos saben distinguir los derechos de los deberes, y la libertad honrosa de la licencia subversiva de toda ley. Proclamad que la conciliación que pedis, de la religión con la sociedad, no es más que la armonía de la verdad religiosa con la verdad social y civil. Declarad que las doctrinas que lla-

mais romanas y no cristianas son las exageraciones escenas de algunos, y no las doctrinas apostólicas de esta cátedra que Bossuet veneraba como virgen de todo error. Por lo que mira al concilio depondreis vuestras prevenciones y reformareis vuestro juicio leyendo la grave y esplicita carta de los obispos reunidos en Fulda.

No apeleis, no protesteis, querido P. Jacinto: la historia de los apelantes y de los protestantes os es conocida! Retroceded y tomad la resolución de ser siempre el hijo obediente de la Iglesia. Evitad no solo el cisma, mal supremo pues que priva del bien supremo que es la unidad de la vida en Jesucristo, sino tambien sus apariencias, agitaciones y escándalos que son el cisma de la caridad ya que no el de la fé. «Sufrirlo todo antes que separarse aun en apariencia de la Iglesia: *quam ut ab Ecclesia divellamur!*»

Cuán bien habia comprendido Leibnitz que estando fundada la Iglesia en la autoridad, por una consecuencia necesaria lo estaba igualmente en la obediencia y la unidad! Por la obediencia hemos sido redimidos de la culpa original que fué una desobediencia: *per unius obeditionem*. Jesucristo fué el obediente, como Adam habia sido el desobediente: *Et qui cum esset Filius Dei, didicit ex iis que passus est obedientiam... usque ad mortem.*

Mas no quiero erigirme vuestro maestro, siendo vos apóstol y maestro consumado en el arte de la palabra; únicamente como amigo es que he querido advertiros.

¿Quereis saber, querido y tierno amigo, el efecto producido entre vuestros amigos por la irreflexiva carta que habeis soltado? Os lo diré, pues que lo he visto: ha hecho derramar lágrimas y mas lágrimas.

—Jacinto ha caído! prorumpia el uno.

—Jacinto se levantará, decia otro.

Yo esperaba y me atrevia á decir: «No ha caído del todo y no necesita levantarse: solo ha tropezado.» Pero ¿sabéis cuanta inquietud encierra esta idea para el corazón de un amigo?

Oh! consoladnos! os lo rogamos de lo mas íntimo del corazón, por las entrañas de la Iglesia, por las entrañas de Jesucristo. No puede tener á Jesucristo por padre quien no tiene á la Iglesia por madre. Con razón lo decís: *Filii sanctorum sumus*. Pero el Santo de los santos es Jesus, el obediente, el humilde por excelencia: *Respexit humilitatem... exaltavit humiles*. Vuestra vida es pura, he aquí nuestra esperanza; pero ¿estais bien seguro de que un soplo de vanidad, de amor propio, de resentimiento no se haya deslizado sin sentirlo en vuestra alma? Si así fuese, seria el hálito de la serpiente capaz de deshojar la corona de los santos.

Perdonadme este juicio que es uno de los menos severos; pero es preciso buscar una causa para un hecho público que reprueban todos los católicos. Yo me felicito de encontrarla en lo menos culpable que existe en el hombre, en la impaciencia ó en una ilusión repentina á que por debilidad puede entregarse un alma dolorida.

En cuanto á esto os repetiré las palabras del obispo de Orleans que se declara hermano vuestro y os escribe como amigo: «Habeis sufrido, lo sé; pero permitidme que os diga que el P. Lacordaire y el P. Ravignan me consta sufrieron mas que vos, y con la paciencia y la fortaleza se elevaron á mayor altura en el amor de la Iglesia y de Jesucristo.» Anado á estos dos nombres el del P. Ventura que os es tan conocido. Aquellos fueron hijos de santos,

filii sanctorum, no solo por la excelencia de su origen y su fé sino por lo que es su coronamiento, es decir, la constancia de ánimo, la firmeza en los propósitos y la fortaleza de su vida.

Decís tambien que habeis meditado mucho, y lo creo; pero tal vez vuestra meditación fué toda solitaria, toda en vos, encerrada esclusivamente en la esfera de vuestra razón, y no del todo libre quizás de ciertos visos de la imaginación. Ensanchad pues, ós lo ruego, los límites de vuestra meditación. No os parecen dignos de tenerse en cuenta este dolor unánime de todos los católicos; esta solicitud con que todos á una voz os gritan: «Padre Jacinto, volved al seno del Padre y de la Madre?» no os parecen una invitación de la razón? Será prudente el hombre que á su sentimiento particular pospone el de todos los demás? Si obrais así, no os aislariais? y en este aislamiento, ¿seriais feliz? por el contrario no hallaríais en él la desolación y el espanto?

Querido amigo, querido P. Jacinto, vos apelais al tribunal de Jesus: *ad iudicium Domine Jesu, tribunal appello*. Hermosa prueba de vuestra fé! Pero nuestra fé individual ¿no es susceptible de las imperfecciones de nuestra naturaleza? *Lux in tenebris lucet*. He aquí por qué se nos ha dado un maestro revestido de autoridad. Yo os confieso que estas palabras: «No todos los que dicen: Señor! Señor! entrarán en el reino de los cielos, sino únicamente los que habrán hecho la voluntad de mi padre,» me dan mucho que pensar. Hacer la voluntad de Dios me parece pues mas seguro que apelar de ella á Dios. Se trata aquí de nuestra alma y de la eternidad; querido P. Jacinto!

Antes pues de apelar al tribunal de Jesucristo, del cual ya no hay apelación, apelemos á su ejemplo, á su faz humillada, á su corazón que nos llama y nos dice: «Aprended de mí que soy manso y humilde.» Vuestra alma está naturalmente hecha para corresponder á esta invitación de la gracia. El Señor os la conceda por la mediación de la Reina de los santos y la de la seráfica madre del Carmelo que vela aun por vos y os abre sus brazos. Esto ruegan toda vuestra orden y todos vuestros amigos, y en especial el que tiene el derecho de ser uno de los primeros por la sinceridad de su afecto, que ora cada día por vos en el altar, y que protesta querer permanecer siempre vuestro afectísimo servidor y hermano en Jesucristo.

Roma 4 de octubre de 1869.—GUILLERMO AUDISIO.

CRÓNICA.

Segun noticias de Roma la conversión de Víctor Manuel parece ser sincera, y por de pronto se presume que ya no tendrá lugar la anunciada entrevista de aquel con el emperador de Austria en Brindis, y que se modificarán las tendencias hostiles del gobierno de Florencia respecto al concilio.

Acaba de pasar á mejor vida especialmente bendecido por el santo padre, el octogenario Federico Overbeck, grande artista y cuya santidad era mayor todavía. Su muerte ha sido la del justo. Aun la víspera habia cogido el lápiz. Espuesto sobre su lecho y revelando en su faz la calma y la pureza de su vida ha edificado de muerto, como cuando vivia, á todo el pueblo de Roma, que ha ido á visitarle. Nacido en Lubeck y educado en el protestantismo, hizo sus primeros estudios en Viena. En 1840 fué á Roma, en cuya

capital fijó su residencia. Se convirtió al catolicismo, y en union de sus amigos Cornelius y Vest fundó lo que se llamó la escuela de los Nazarenos. Además de sus cuadros que son raros en Francia, Overbeck es el autor de un millon de dibujos sumamente notables y que forman el objeto de las iluminaciones de Luzmer, muy conocidas y apreciadas entre los artistas.

La reina Olga de Wurtemberg, hermana del emperador de Rusia, ha llegado á Roma con el nombre de condesa de Teck. Hermana del Czar, no será indiferente á lo que va á pasar allí. Esta reina fué recibida el día 8 por el papa. Se asegura que el papa, que no disimula la verdad á nadie y que de entre todos los soberanos es el único que la proclama sin temor y sin reticencias, habló á la hermana del Czar en terminos muy claros sobre la situacion de Polonia, sobre la de Europa y sobre el concilio. Se añade que la reina salió de esta audiencia con visible emocion y muy pensativa.

El papa ha recibido como donativo de un industrial frances, llamado Olivier, un lingote de plata cuyo valor es de 25,000 francos. Entre otros regalos se cuentan tambien un báculo de oro macizo que le han enviado el arzobispo y los católicos de Lima; un cáliz de oro, que le ha presentado el arzobispo de Quito; una gran medalla de oro, de la cual se ha desprendido en favor del padre santo el presidente de la república del Ecuador, Sr. Moreno, á quien se la regalaron las cámaras de su país; una magnífica campanilla de bronce dorado, regalo de un rico eclesiástico de Rimini, que servirá durante las sesiones del concilio; y además 80,000 francos por una parte y 72,000 francos por otra, entregados respectivamente por el arzobispo de Caracas y por un comisionado de los católicos de Inglaterra.

El programa oficial de la ceremonia de la apertura del concilio ecuménico se publicará inmediatamente. Está ya acordado que el 8 de diciembre, á las siete de la mañana, los padres del concilio se reunirán en el atrium superior de la basílica del Vaticano, donde el papa entrará solemnemente á las ocho y media. Desde allí bajarán todos procesionalmente á la sala inferior de la basílica, entonando el *Veni Creator*. Luego ocuparán su puesto en la sala conciliar. En seguida el cardenal Patrizzi subdecano de los cardenales celebrará la misa, al fin de la cual monseñor Pazzarelli arzobispo de Iconium *in partibus* pronunciará el discurso latino de apertura. Todos los padres irán luego sucesivamente á prosternarse ante el papa, que bendecirá la asamblea. Monseñor Fezler secretario del concilio leerá el decreto de apertura. En seguida el papa declarará abierto el concilio. Durante la procesion todas las campanas de Roma serán echadas á vuelo, y harán salva los cañones del castillo de Sant-Angelo.

En breve el señor Bugallal apoyará en las cortes una proposicion para que se deroguen las leyes contrarias á la sociedad de S. Vicente de Paul y demas sociedades católicas.

La imponente solemnidad con que se administró el viático á un oficial del regimiento de Soria, recorriendo un largo trayecto por las calles de Palma con lucido acompañamiento militar desde la parroquia de S. Miguel hasta la casa del enfermo, y el lúgubre y religioso aparato con que fué llevado el cadáver á su postrer morada, han sido una manifestacion mas de las arraigadas creencias del ejército español y del disgusto y desden con que recibe las impertinentes lecciones de impiedad y las audaces tentativas de los que pretenden divorciarle del catolicismo y abolir en su seno toda práctica religiosa. Muchas reparaciones de actos revolucionarios se han debido á autoridades militares mas que á las civiles, como sucedió en Tortosa. Ay del día en que la fuerza se separe del honor y el honor se separe de la religion!

HIMNO
Á LA INMACULADA CONCEPCION DE MARÍA
PUESTO EN MÚSICA POR LOS SRES. TORRES Y TORRENTS
PARA CANTARSE EN LA ASOCIACION DE CATÓLICOS.

CORO.
Al pie del trono espléndido
Que ocupas, oh María!
De nuestro humilde cántico
Resuene la armonía:
Ascienda á ti la súplica
De los que aqui postrados
Tus hijos son amados,
Tus fieles hijos son.

VOCES.
Pecó Adán, y cómplices
De tan aciago crimen
Del resultado misero
Sus hijos no se eximen,
Y en el humano género,
Perdida la inocencia,
Trasmiten como herencia
La muerte y el baldon.
Mas libre de la mácula
Del primitivo daño,
Que la serpiente pérfida
Causara con su engaño,
Tú sola, siempre incólume,
Con vencedora planta,
Oprimes la garganta
Del infernal dragon.

Qué hermoso es, qué magnifico
Tu augusto privilegio!
Cinendo estola cándida,
Vistiendo manto regio,
Te concibió sér único
De Dios el pensamiento
Desde el primer momento
En que alma te infundió.
Los encumbrados angeles,
Bajando de sus sillas,
A tu presencia estáticos
Doblaron sus rodillas.
Del sol los rayos fúlgidos
Formaron tu diadema:
Su emperatriz suprema
El cielo te aclamó.

Oh reina de las virgenes,
Espejo de pureza,
Que del supremo artifice
Reflejas la grandeza!
El orbe entero unánime
Purísima te nombra;
Al cielo mismo asombra
Tu inmensa perfeccion.
Sumisos los católicos
Veneran este arcano,
Que de esperanza y júbilo
Connueve el pecho humano.
Acoge pues benéfica
La súplica amorosa
Que sale fervorosa
De nuestro corazon.

TEMAS AGUILÓ.